

Crisis de la globalización y desafíos para América Latina y el Caribe

Carlos Quenan - Antonio Romero

Este artículo - derivado de las presentaciones efectuadas por los autores en el taller “*Un nuevo ciclo para América Latina?*”, organizado por la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES) en Panamá el 7 y 8 de marzo de 2017 - tiene como objetivo central realizar un análisis resumido de las principales características que tipifican la situación internacional en la actualidad -haciendo énfasis en su dimensión económica - y valorar, en este contexto, algunas posibles implicaciones y desafíos para América Latina y el Caribe (ALC).

Para ello, este trabajo se estructura en tres partes. En la primera - a modo de introducción - se aborda la cuestión de las causas de la llamada crisis de la globalización y de los debates que ésta ha suscitado así como sus efectos en el sistema internacional, en especial a partir de la llegada al poder de la administración Trump en Estados Unidos. En la segunda parte se resumen la evolución reciente y las perspectivas de la economía global, destacándose en particular lo sucedido durante los últimos años en términos de niveles de actividad económica y de dinámica de las relaciones económicas internacionales (comercio mundial y flujos financieros internacionales). En un tercer momento se presentan de modo sintético los riesgos e incertidumbres que afectan el desempeño futuro de la economía mundial y sus probables impactos para América Latina y el Caribe. Por último, se sintetizan las principales conclusiones de este trabajo.

I. Crisis de la globalización: causas y efectos en el sistema internacional

A partir de fines de los años 1980 y comienzos de los años 1990 emerge en el plano internacional una clara dinámica de globalización. La

globalización constituye una tendencia de intensificación de la internacionalización de la vida económica, es decir la concretización de un peso creciente de los flujos comerciales (de bienes y de servicios) y financieros (principalmente de endeudamiento exterior y de inversiones extranjeras directas y de portafolio) con relación a los agregados que representan la actividad económica doméstica de los países. En este proceso de extraversion de las economías también ha jugado un papel muy importante la internacionalización de las empresas productivas y financieras, expresado en el considerable desarrollo que se constata en las últimas décadas de las empresas transnacionales y globales.

La globalización consiste, entonces, en un significativo auge de la internacionalización en tres planos: el comercial, el financiero y el productivo.¹ Para caracterizar este proceso reciente de fuerte internacionalización que ha suscitado una abundante literatura se suele hablar de “segunda globalización” considerando que en las últimas tres décadas se advierten similitudes - y también diferencias - con lo que se ha dado en llamar la “primera globalización” que caracterizó al período 1870/1914 ó 1870/1930. (Baldwin y Martin, 1999 ; Bordo, Eichengreen, Irwin, 1999). Esta primera fase de globalización estuvo asociada, entre otros factores, a la llamada Segunda Revolución Industrial y a la hegemonía de la Gran Bretaña victoriana. Este « régimen internacional » desembocó en la Gran Crisis de los años 1930 (crisis bursátil, financiera y monetaria seguida de un desplome de la actividad y el despliegue internacional a partir de su epicentro, los Estados Unidos, a través de diversos canales financieros y comerciales, el repliegue proteccionista...), que, a su vez, estuvo en la base de otras graves consecuencias precipitadas también por diversos factores-socio-políticos y geopolíticos internacionales como el ascenso de los fascismos y el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

La segunda globalización comienza a emerger después de varias décadas caracterizadas por un mundo más cerrado heredado principalmente de la Gran Crisis de los años 30 y de la II Guerra Mundial. Enmarcado a nivel geoestratégico en el conflicto Este/Oeste, este período se caracterizó, a su vez, por regímenes de crecimiento más nacionales y autocentrados (regímenes fordistas en las economías más desarrolladas con un rol destacado de la demanda doméstica y un papel central en la regulación de los Estados Nacionales) en la fase de expansión llamada de los « treinta gloriosos » (1945–1975). Cuando esta fase comenzó

¹ También algunos analistas subrayan la existencia (en un plano en buena medida “extra-económico”) de una dimensión cultural y “mediática” de la globalización.

a mostrar signos de agotamiento se acentuaron las estrategias de internacionalización de los principales actores económicos del mundo desarrollado (grandes bancos, firmas transnacionales...) y un número creciente de gobiernos adoptó - en particular a partir de los gobiernos de Margaret Thatcher y de Ronald Reagan en Gran Bretaña y Estados Unidos, respectivamente -, durante fines de los años 1970 y sobre todo en la década de 1980, políticas de liberalización, desregulación y apertura externa.

En el desarrollo del proceso de globalización - que toma cuerpo en la segunda mitad de los años 1980 y sobre todo en los 1990 - predomina la dimensión financiera. Se ha caracterizado este proceso como hiper-globalización, debido a la ausencia de mecanismos de coordinación y de bienes públicos globales que puedan atenuar las tensiones sociales y políticas, dado su extremo carácter desregulado (CEPAL, 2016a). Asimismo, este proceso ha suscitado análisis sugerentes como el de Dani Rodrik en el que se plantea el trilema de incompatibilidad globalización económica / democracia política/ soberanía nacional, es decir que en un mundo hiperglobalizado es no es posible que coexistan simultáneamente y con máxima intensidad las tres dimensiones mencionadas (Rodrik, 2011).

La hiperglobalización, la globalización no regulada del capitalismo financiero, está en la base de la Gran Crisis abierta en 2007/2008 que tuvo como epicentro Estados Unidos (crisis subprime y agravación de la crisis financiera con la quiebra de Lehman Brothers, con efectos de contagio inmediatos a nivel nacional e internacional a través de canales financieros y comerciales) y que se generaliza con la llamada “gran recesión” de 2009 y su rápido despliegue internacional.

Las autoridades de los países más desarrollados no han impedido el despliegue internacional de la crisis de la globalización - incluso hacia los países emergentes - pero han logrado evitar una «gran depresión» atenuando algunos de sus efectos más recesivos gracias a la aplicación - de modo inconsecuente - de políticas contracíclicas (que han apelado sobre todo a políticas monetarias no convencionales). Con todo, éstas han sido insuficientes y, tanto debido a factores de demanda como de oferta, la actividad se ha debilitado durablemente, planteando el problema del agotamiento de los motores del crecimiento mundial (incluyendo la desaceleración progresiva de la economía china).

Incluso en los países en los que la actividad económica muestra signos de reactivación en 2016 y 2017, una parte importante de los sectores afectados por la crisis no se han recuperado (sufriendo a menudo los

efectos adversos para el empleo del cambio tecnológico), la desocupación persiste y sobre todo la calidad del empleo ha disminuido debido a una precariedad creciente. Esto junto con diversos factores como la migración y otros problemas ligados a la guerra en Siria y otros focos de conflicto, el terrorismo internacional, entre otros, precipita reacciones a nivel socio-político muy parecidas a las que se advirtieron en la crisis de la primera globalización: repliegue, tendencias xenófobas, proteccionismo, desprestigio de las élites políticas (muy claramente en el mundo occidental), todo ello asociado a un cuestionamiento creciente y multifacético de la globalización que ha hecho que numerosos analistas y observadores hablen de la posible entrada en una fase de post-globalización o incluso de desglobalización.

Este debate a nivel internacional acerca de la globalización y el futuro del sistema internacional se ha acentuado de manera notable desde la llegada al poder en Estados Unidos, a comienzos de 2017, del presidente Donald Trump. Esto es el resultado de dos razones fundamentales: i) el peso decisivo que todavía tiene Estados Unidos en términos políticos, militares, diplomáticos y económicos en el mundo contemporáneo; y ii) el hecho que la Administración Trump, con sus orientaciones y discurso políticos, implica una ruptura perceptible con algunos de los más importantes principios y prácticas que habían caracterizado a la política, sobre todo exterior, de los Estados Unidos en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial.

Dicha política exterior, como expresión de la enorme influencia que Estados Unidos ejercía en términos hegemónicos, configuró de manera directa el orden mundial de posguerra. En efecto, por muchas décadas después de terminada la Segunda Guerra Mundial, un amplio grupo de países dominantes en la escena internacional compartieron una visión económica fundamentada en un sistema de comercio abierto (para las transacciones de bienes y servicios), apoyado en instituciones y reglas multilaterales y - más recientemente - en las ventajas de una rápida difusión de información, datos y tecnologías. La lógica subyacente a esta visión era que en la misma medida que el comercio internacional se expandía, los estándares de vida a nivel global mejoraban sustancialmente y, por ende, millones de personas escapaban de la indigencia y la pobreza.

Hoy día, muchos aspectos de este enfoque de la economía globalizada están “bajo asedio”. Un retroceso en la percepción dominante acerca de la conveniencia e importancia del libre comercio y de movimientos irrestrictos de capital transfronterizo ha venido ganando *momentum*. El

ideal del libre flujo de información se enfrenta a crecientes llamados a favor de los derechos de privacidad, la protección de la propiedad intelectual y una incrementada ciberseguridad. En varios países industrializados, los sentimientos anti-inmigrantes se fortalecen y después de ocho rondas de negociaciones comerciales multilaterales desde la posguerra, la Organización Mundial de Comercio (OMC) no ha sido capaz de completar la llamada Ronda de Doha para el Desarrollo, iniciada hace ya casi 17 años².

No obstante lo anterior, debe reconocerse que las preocupaciones acerca del cuestionado orden internacional comenzaron mucho antes de que Donald Trump fuera siquiera candidato presidencial. Por casi una década, un creciente coro de expertos e instituciones vinculados a la política exterior comenzaban a apuntar que el “orden internacional” estaba haciendo agua: gobiernos autoritarios estaban floreciendo; estados fallidos constituían una creciente amenaza; las economías estaban siendo impactadas en algunos casos negativamente, por las nuevas tecnologías y la globalización; los sistemas políticos, por una desafección creciente y el ya mencionado descrédito de la élites políticas, entre otros factores.

Mientras tanto, la brecha en cuanto a poder e influencia de los Estados Unidos - líder y garante del orden existente - y el resto del mundo se venía cerrando. Como lo señalaban muchas analistas y observadores, el orden liderado por los Estados Unidos - el sistema de normas, instituciones y alianzas que había ayudado a manejar las disputas, movilizar la acción y gobernar la conducta internacional desde el fin de la Segunda Guerra Mundial - estaba terminando. Y lo que vendría - argumentaban - pudiera resultar en un orden mundial enteramente nuevo, o un período de incertidumbres y riesgos sin ningún orden real (Sullivan, 2018).

Todos estos factores se han potenciado con la crisis de la globalización abierta en 2007-2008 y el cambio de política del gobierno de Estados Unidos marca un evidente punto de inflexión. Combinando una posición favorable a una mayor desregulación a nivel financiero con un posicionamiento proteccionista inédito en el plano comercial, una de las primeras constataciones de la “seriedad” con que la Administra-

² Debe recordarse que el propio proceso de integración europeo se encuentra en problemas por tensiones crecientes como parte del auge también allí de políticas antiglobalización y “aislacionistas”. En junio de 2016, el Reino Unido votó por abandonar la Unión Europea, el llamado “Brexit”, desencadenando la peor crisis política en la historia del proceso de construcción europea.

ción Trump tomaba sus promesas de campaña basadas en el mantra de “*America first*” fue la decisión adoptada a pocos días de asumir el poder: abandonar el Acuerdo de Asociación Transpacífico (Trans-Pacific Partnership - TPP).

La administración de Donald Trump parece también estar comprometida con una profunda redefinición - o incluso la ruptura - del Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN). En las negociaciones que están teniendo lugar desde hace ya casi un año al respecto, el gobierno de Estados Unidos ha venido proponiendo la elevación de las reglas de origen, que en el caso de los vehículos automotores pasarían de un 62,5% al 85 %. Esto significaría que al menos un 85 % del valor de un auto debería ser “añadido” en un país del TLCAN para que dicho auto pueda entrar libre de aranceles al mercado norteamericano; lo cual implicaría modificaciones importantes en una densa y compleja red de intervinculaciones productivas y empresariales entre los tres miembros del TLCAN; y de ellos con algunos de sus principales socios extra-regionales. Otro punto que genera fuertes discrepancias en las actuales negociaciones tiene que ver con los mecanismos de resolución de controversias en el TLCAN que, según la Administración Trump, deben cesar “de estar por encima de los tribunales de Estados Unidos”.

Las anteriores decisiones, así como el anuncio de la revisión del Acuerdo de Libre Comercio entre Estados Unidos y Corea del Sur vigente desde el año 2011, se derivan de las prioridades de la política comercial del actual gobierno. La Agenda de Política Comercial del Presidente de Estados Unidos de 2017 explícitamente refuerza la estrategia de la defensa de los intereses del país a través de la promoción de un comercio “libre pero justo”. Las cuatro prioridades contempladas en esta agenda son: (i) impulso y promoción de la soberanía estadounidense en cuanto a política comercial; (ii) cumplimiento reforzado de la legislación comercial norteamericana; (iii) fomento del crecimiento económico nacional a través de la expansión de las exportaciones de bienes y servicios estadounidenses; y (iv) protección de los derechos de propiedad intelectual de Estados Unidos.

La XII reunión cumbre del G20 - celebrada en Alemania en julio de 2017 - mostró las crecientes distancias entre la administración Trump y la mayoría de los líderes más importantes del mundo. Las cuestiones vinculadas al libre comercio, proteccionismo y el cambio climático están - desde entonces - en el centro de las incrementadas fricciones entre Estados Unidos por una parte, y Europa Occidental junto a varias de las potencias emergentes por la otra. El problema de las amenazas

en aquel momento - hoy convertidas en acciones políticas de la actual administración norteamericana con el establecimiento de medidas proteccionistas sobre el acero importado en Estados Unidos - es uno más de los muchos que han sido parte de las discusiones de la última década en el seno del G20. Pero a pesar de diferencias y ciertas medidas implementadas entre las 20 mayores economías del mundo, en el cierre de las anteriores 11 cumbres siempre se había acordado que el grupo estaba comprometido con el libre comercio y en contra del proteccionismo; lo cual además era significativo dado que ese grupo de naciones representa el 80 % del producto bruto mundial y tres cuartas partes del comercio planetario (SELA, 2017b).

Lo llamativo es que en instancias como el G20 se ponen de manifiesto, cada vez más, las diferencias y se critica “un retroceso hacia el aislacionismo”³ y que este señalamiento no proviene sólo de la Unión Europea (UE)⁴ sino de países como Rusia y China. En efecto, en la actualidad son los más altos responsables de estos países quienes suelen advertir abiertamente, en la mayoría de los foros y encuentros internacionales, que “...las tendencias proteccionistas, hoy en aumento, entrañan riesgos para la economía global”⁵, lo que todos reconocen como una crítica velada a Donald Trump con su política de “*Estados Unidos primero*”.

Una perspectiva similar se aplica al tema del cambio climático. Se sabe que Estados Unidos ha declarado que se retira del Acuerdo de París de 2015; y también ha postergado *sine die*, las estancadas negociaciones transatlánticas con la Unión Europea para la firma de un acuerdo de comercio e inversión.

Las preocupaciones incrementadas acerca de la posible ruptura del consenso internacional dominante desde la II Guerra Mundial en términos de cooperación económica internacional, y la creciente incertidumbre acerca del futuro inmediato del sistema multilateral de comercio se

³ Para profundizar véase:

<https://www.efe.com/efe/america/economia/el-g20-reconoce-las-diferencias-y-advierte-de-retroceso-hacia-aislacionismo/20000011-3591264>

⁴ Para profundizar véase:

<https://www.efe.com/efe/america/economia/moscovici-carga-contra-el-proteccionismo-y-pide-rebajar-la-tension-comercial/20000011-3591127>

⁵ Declaración del Presidente de la República Popular China, Xi Jinping, en reunión en Pekín con Klaus Schwab, el fundador del Foro Económico Mundial, 16/04/2018, véase por ejemplo: <https://mundo.sputniknews.com/economia/201804161077938621-pekín-economía-mundial-cooperación-multilateral/>

refleja en otros importantes foros. Organismos internacionales que históricamente se han considerado funcionales a los enfoques y a los intereses de Estados Unidos, como el Fondo Monetario Internacional (FMI), el Banco Mundial y la Organización Mundial del Comercio (OMC), ahora convergen en las críticas al Presidente Trump y sus políticas. Las tres instituciones multilaterales publicaron un informe conjunto en abril del 2017, a modo de manifiesto, en el que defendían el libre comercio como motor primordial del crecimiento y pedían que se respeten las reglas, no obstante admitir que había que hacer más por las comunidades que quedaban rezagadas.

El papel que juega la apertura de los mercados en la economía global pasa por un momento “crítico”, señaló el informe firmado por Christine Lagarde, Jim Yong Kim y Roberto Azevedo. Las tres instituciones consideraron que se debía dar un impulso a la reforma comercial para mitigar los costos de la globalización y, de paso, garantizar que haya apoyo social al comercio en lugar de que se alimenten movimientos “populistas” en una coyuntura de lento crecimiento económico global. Dicho informe reiteró que la OMC debería seguir siendo el pilar clave del sistema aunque ganen peso los acuerdos bilaterales y regionales (SELA, 2017a).

Expertos internacionales reconocen que el cambio en el consenso dominante sobre el multilateralismo es la transformación más evidente que se observa a nivel internacional en los últimos tiempos, y la llegada al poder de la Administración Trump no ha hecho más que consolidar tal cambio, reforzando la tendencia al bilateralismo en las relaciones internacionales. Se señala al respecto que el multilateralismo había sido históricamente privilegiado por la mayoría de los Estados, mientras que actores extra-estatales, como las grandes empresas transnacionales, han preferido y presionado a favor del bilateralismo⁶.

Numerosos economistas advierten que el enfoque excesivamente agresivo de Trump - amenazas de abandonar los compromisos internacionales formales de Estados Unidos e introducir barreras y medidas comerciales proteccionistas - alinearía contra este país a importantes socios externos. La Casa Blanca insiste en que es su deber defender a los Estados Unidos con medidas de política comercial a partir de objetivos especialmente focalizados. Trump señala que las corporaciones estadounidenses sufren por políticas discriminatorias en los mercados

⁶ Intervención de Wolf Grabendorff en el Taller “*El modelo de actualización económica y social en Cuba y su política exterior en un nuevo marco político y un contexto internacional cambiante*”, organizado por CRIES, Panamá, 21 de febrero/2018.

exteriores - incluyendo subsidios gubernamentales. En el pasado, el gobierno de los Estados Unidos ha elevado frecuentemente los aranceles cuando se ha demostrado que los subsidios en el extranjero han proporcionado a los competidores una ventaja de comercio desleal. De hecho, Estados Unidos es uno de los países que más frecuentemente ha usado los derechos compensatorios y las medidas anti-dumping estipuladas por el sistema multilateral de comercio. Pero la administración Trump está llevando las cosas a un extremo, a tal punto que su solución a cualquier acto o política de protección es responder con la misma moneda.

En la medida que los cambios en la dirección y principios de política exterior norteamericana se concretan, sus aliados históricos pierden confianza en la credibilidad y el liderazgo estadounidense, y no sólo desde la perspectiva económica. Muchas naciones comienzan paulatinamente a alejarse del alineamiento con los Estados Unidos que ya no parece dispuesto a promover y defender el orden mundial liberal (*liberal world order*) que habían sostenido desde 1945. Obviamente, a un año de la llegada al poder de Donald Trump, el “orden liberal” no ha colapsado; pero el mismo está bajo presión en la misma medida que el presidente de Estados Unidos da la espalda al mundo que precisamente este país había configurado, para abrazar una política exterior nacionalista y con marcado sesgo aislacionista.

Esta tendencia se expresa de modo evidente en las relaciones transatlánticas, piedra angular del orden mundial de postguerra. Los estados europeos, ante la imprevisibilidad de la política estadounidense, están crecientemente asumiendo una mayor dosis de responsabilidad respecto a su propia defensa. En junio de 2017, los miembros de la UE aprobaron un nuevo Fondo de Defensa Europea, y se comprometieron a incrementar sus gastos de defensa en un 4,3 %.

En definitiva, da la impresión que, al mismo tiempo que Estados Unidos pierde interés manifiesto en liderar y preservar el orden internacional que él construyó, el futuro de la globalización parece depender en gran parte de la dinámica interna de China y su creciente proyección internacional.

De todas formas, el orden mundial existente todavía es más “resiliente” que lo imaginable. No hay dudas de que Trump representa una amenaza significativa de ruptura del sistema internacional. Y hay un riesgo no menor de que pueda llevar al mundo a una destructiva guerra comercial. Sin embargo, a pesar de estos riesgos, los rumores de una ruptura total del orden internacional son todavía exageraciones. El

sistema internacional ha demostrado estar construido para enfrentar significativos desafíos políticos y económicos, y está en capacidad todavía de sobrevivir al término presidencial de Donald Trump. No obstante, esta visión más optimista se ofrece no como confortable sino como un necesario llamado a la acción (Sullivan, 2018).

II. Evolución reciente y perspectivas de la economía global

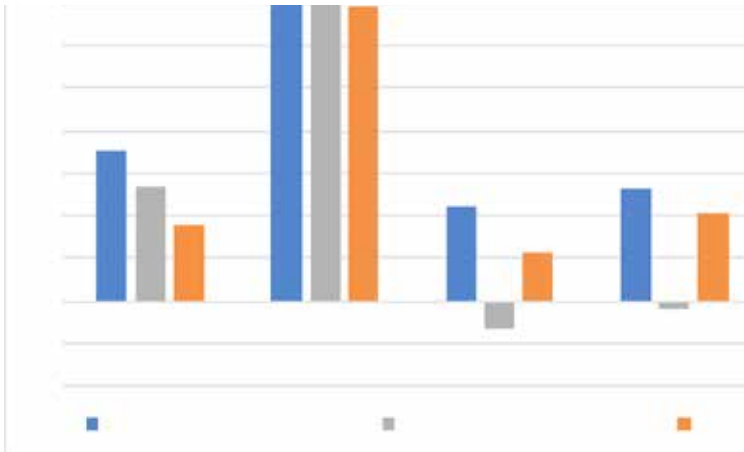
En los últimos años la economía mundial se encontró entrapada en lo que se ha denominado un “*episodio prolongado*” de bajo crecimiento. No obstante, el aumento de la actividad económica mundial en 2016 fue de 3,2 % y en el 2017 subió al 3,7 %, pero para todo el período 2012-2017, el producto bruto global se expandió a una tasa promedio anual de sólo 2,5 %, menor que el registro promedio de 3,4 % observado en la década previa a la crisis. Las más recientes proyecciones apuntan a que la economía mundial crecería a una tasa promedio anual del 3,9 % en 2018 y 2019 (ONU, 2018). De todas formas, este repunte del dinamismo económico, arrojaría un ritmo de crecimiento promedio anual de sólo 2,7 % entre 2012-2019.

Resulta importante analizar cuáles son los factores que están detrás de este magro dinamismo económico. Aunque varios economistas y líderes empresariales se quejan de que una tasa de crecimiento global del 2,5 % es baja, hay análisis menos pesimistas que apuntan a que la economía mundial nunca creció a dicho ritmo promedio por un largo período. Fue solo con el masivo “baby boom” que siguió a la Segunda Guerra Mundial que la producción mundial aumentó a una tasa promedio de alrededor de 4 % durante varias décadas. Entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y la crisis financiera de 2008, la economía global estuvo sobre-estimulada por un elevado crecimiento poblacional, un incremento del endeudamiento que incitó, al menos en una parte de este período, la inversión y promovió el aumento de productividad, y un marcado aumento de los flujos transfronterizos de bienes, servicios, capital e incluso, personas. Pero, progresivamente, estas tres tendencias que se expresaron plenamente durante los “treinta gloriosos” se fueron desacelerando (Ruchir, 2018).

Es claro que a partir de la crisis abierta en 2008 el debilitamiento de la actividad se acentuó y se planteó incluso la entrada en una fase de “estancamiento secular” (Summers, 2016). De hecho, a pesar de la recuperación que se ha producido recientemente, las tasas de desempleo de los países más desarrollados que constituyeron el epicentro de

la crisis siguen siendo elevadas -salvo en el caso de Estados Unidos- y, sobre todo, las tasas de crecimiento no han vuelto todavía a los niveles anteriores a 2008. Como se advierte en el Gráfico N° 1, aún si se integran las previsiones para 2018, el crecimiento en promedio del PIB mundial y de los principales países y regiones del mundo después del momento más álgido de la crisis internacional (es decir 2008-2010) se encuentra por debajo del crecimiento, en promedio, del período 2000-2007.

Gráfico N° 1
 Variación del Producto Interno Bruto mundial
 y de los principales países y regiones
 (2000-2018, en porcentaje)



Fuente: Elaborado por los autores a partir de datos del FMI (2018)

Más precisamente, las razones que explican el bajo dinamismo económico en la década actual son múltiples, destacándose en especial: i) el muy débil comportamiento de la inversión, ii) el agudo estancamiento del comercio mundial experimentado entre 2013 y 2016, iii) el reducido crecimiento de la productividad, y iv) los altos niveles de endeudamiento, ahora también de las economías industrializadas.

A su vez, entre los factores agravantes de la atonía del crecimiento se agrega la caída de precios de los productos básicos en los mercados internacionales desde mediados de 2014 que, a pesar de la mejora que se advierte últimamente, han tenido un efecto negativo sobre los niveles de liquidez de varios países altamente dependientes de los *commodities* para su reproducción económica. Igualmente, la alta aversión al riesgo

de la mayoría de los agentes económicos en un contexto de fuertes incertidumbres y la profusión de conflictos y tensiones geopolíticas han contribuido a deprimir las expectativas a mediano plazo sobre la economía mundial.

Sin embargo, en este marco general, se observan diferencias notables cuando se examina la situación de diferentes grupos de países en el período más reciente (ver Cuadro N° 1). Para las economías en desarrollo - que en general continúan creciendo más que las naciones industrializadas - se espera un ritmo robusto de aumento de la actividad económica en 2018, sobre todo para las naciones de Asia del Sur y del Este, dentro de las cuales el desempeño más destacado corresponde a la India. Para China se espera una reducción del crecimiento, que llegaría a una tasa cercana al 6,6 %. Para las economías desarrolladas se estima en 2018 un crecimiento promedio del 2,3 % correspondiendo a la de Estados Unidos el mayor dinamismo, con una tasa de crecimiento esperada del 2,7 %, mientras que la zona del euro registraría un crecimiento económico del 2,2 %. (ONU, 2017: 3)

En 2016, el producto interno bruto (PIB) de América Latina y el Caribe disminuyó un 0,7 %, lo que se tradujo en una reducción de casi 1 % del PIB por habitante de la región. Esta tasa negativa de crecimiento del PIB por segundo año consecutivo (recesión del bienio 2015-2016) determinó la continuación del proceso de desaceleración y contracción de la actividad económica que vivía la región desde 2012. Por su parte, la muy ligera recuperación del dinamismo de la actividad económica regional en 2017 obedeció fundamentalmente al inicio de la reanimación del crecimiento que presentaron dos de las más importantes naciones de América del Sur (Argentina y Brasil). Si bien el mayor dinamismo de 2017 - y el previsto para el actual 2018 - será casi generalizado, al igual que en años anteriores sus magnitudes han exhibido y exhibirán una marcada heterogeneidad dentro de la región. (CEPAL, 2016, y ONU, 2018).

Cuadro N° 1
Crecimiento económico 2014-2018
(En porcentaje)

	2014	2015	2016	2017	2018*
MUNDO	2,6	2,5	3,2	3,7	3,9
Países desarrollados	1,7	2,1	1,7	2,3	2,3
Países en desarrollo	4,3	3,8	4,4	4,7	4,9
. África	3,8	3,1	1,4	2,7	3,3
. Asia	6,1	5,7	6,4	6,5	6,5
. América Latina y el Caribe	0,7	-0,6	-0,7	1,3	1,9

Fuente: ONU (2018). (*) Estimaciones

En cuanto al desempeño de las relaciones económicas internacionales, lo más resaltante es que el volumen de comercio mundial ha venido registrando tasas de crecimiento aún menores que las de la economía mundial, rompiéndose así - desde 2012 - con la tendencia histórica de las últimas tres décadas en que el comercio internacional crecía a una tasa promedio anual equivalente al doble de lo que aumentaba la actividad económica mundial. En 2016 el crecimiento del volumen del comercio internacional fue de sólo 2,3 %, inferior al 2,7 % registrado en 2015. Como resultado de este débil desempeño, en el bienio 2015-2016 el crecimiento del comercio mundial fue inferior al crecimiento del PIB mundial por primera vez en 15 años, con la excepción de 2009, período de plena crisis económica y financiera. Dentro de los factores que explicaban el muy escaso dinamismo del comercio se identificaban entre otros, los siguientes: i) la deprimida demanda agregada, ii) la caída importante de la tasa de inversión a nivel global; iii) el aumento observado de prácticas proteccionistas y discriminatorias en el comercio internacional, iv) un menor crecimiento de las cadenas globales de valor, v) la llamada “re-localización” de los flujos de inversión directa y por tanto de la producción, y vi) la menor expansión de la economía de China. En 2017, sin embargo se registró un aumento de la tasa de crecimiento del volumen de comercio mundial del 4,3 %, y las previsiones para 2018 es que el mismo se ubique en un rango alrededor del 4 % (World Bank, 2018).

En relación al comercio internacional - muy relevante para varias economías en desarrollo y en especial para muchas de Latinoamérica y el

Caribe - debe destacarse, como se mencionó anteriormente, lo ocurrido en lo que respecta a los precios en los mercados internacionales de los productos básicos. En 2016 se registró una caída en los precios de estos productos básicos, tal y como había venido sucediendo desde el 2014, aunque también se ha registrado una mejoría en 2017, y se estima un ligero aumento para 2018. Obviamente, hay diferencias al interior de los distintos grupos o clasificaciones de productos básicos. Los precios de los energéticos presentaron las mayores caídas en 2015-2016, seguidos por los minerales y metales, mientras que los precios de los productos agropecuarios, en promedio, evidencian un leve aumento entre 2016 y 2017. Para 2018, se proyecta una recuperación de los precios de los productos básicos, liderada por los productos energéticos, los cuales pudieran registrar un alza de casi 24 % (World Bank, 2018).

Por otra parte, los flujos financieros internacionales – complemento crítico a la movilización de recursos domésticos - son fundamentales para las economías en desarrollo (ver Cuadro N° 2). La atonía en la actividad económica global de los últimos años también tuvo impactos complejos en cuanto al acceso a recursos externos de largo plazo para la inversión. Los flujos de capital han manifestado muy alta volatilidad, y las entradas netas de recursos externos hacia los países en desarrollo en general, permanecieron en territorio negativo al menos hasta fines del 2017. Ello evidencia los complejos retos de financiar el desarrollo sostenible a largo plazo (ONU, 2017: 20).

Cuadro No. 2
Flujos financieros netos hacia países en desarrollo. 2012-2017
 (En miles de millones de USD)

	2012	2013	2014	2015	2016	2017a
Países en Desarrollo	213.85	365.53	44.10	-446.21	-403.76	-339.8
. Flujos de IED	434.85	457.54	402.83	431.25	209.21	199.3
. Inversión en cartera	93.16	-14.57	6.47	-412.93	-218.14	-200.1
. Otra inversión	-314.00	-77.45	-365.20	-464.53	-421.83	-399.2
. Mov. Reservas Internac. *	-471.82	-667.71	-313.03	435.42	215.17	400.00
América Latina y el Caribe	221.16	212.45	260.10	182.72	113.41	121.75
. Flujos de IED	150.17	144.35	141.04	133.90	131.91	147.87
. Inversión en cartera	95.28	106.99	117.64	60.36	47.23	na
. Otra inversión	-24.28	-38.89	1.42	-11.54	-65.73	na
. Mov. Reservas Internac. *	-59.54	-6.33	-37.94	32.69	4.59	na

Fuente: ONU (2016), y World Bank (2018)

(a). Estimados de UNCTAD (2018)

(*) Un signo (-) expresa incremento en el nivel de reservas internacionales

En este análisis debe tenerse en cuenta que las bajas tasas de interés a nivel internacional derivadas de las políticas monetarias no convencionales aplicadas para atenuar los efectos recesivos de la crisis impulsaron la emisión de bonos soberanos de un grupo de países en desarrollo en los mercados financieros. De todas formas, las preocupaciones incrementadas acerca de la sostenibilidad de la deuda en los últimos tiempos - en un contexto de variaciones abruptas en los tipos de cambio a nivel mundial - han modificado significativamente la percepción de riesgo respecto a muchas economías en desarrollo. Por otra parte, la provisión de financiamiento en condiciones concesionales, incluyendo la ayuda al desarrollo proveniente de los miembros del Comité de Asistencia al Desarrollo de la OCDE, aunque aumentó ligeramente entre 2015 y 2016 - para estancarse en 2017 - permanece bien por debajo de las metas establecidas por las Naciones Unidas. A pesar de los anunciados aumentos en la disponibilidad de créditos por parte

de los organismos financieros multilaterales y a través de mecanismos novedosos de cooperación Sur-Sur, los recursos disponibles todavía resultan insuficientes para compensar la brecha de financiamiento de la inversión con vistas a alcanzar las metas de desarrollo sostenible, sobre todo para los países más pobres.

En el caso de los países de América Latina y el Caribe, aunque hasta 2017 se registraron entradas netas positivas de recursos financieros desde el exterior, lo significativo es que las mismas muestran una tendencia decreciente desde el año 2014. Por otra parte, dichas entradas de recursos foráneos no fueron capaces de compensar el creciente déficit en cuenta corriente de la región, lo que se reflejó en reducciones en el nivel de reservas internacionales de las economías latinoamericanas y caribeñas en el período 2015-2017.

De todas maneras, en sentido general debe resaltarse que un aumento de las tasas de interés en los Estados Unidos por debajo de lo esperado y una mayor expansión monetaria mediante la utilización de mecanismos de política no convencionales en otros países desarrollados, condujeron a cierto nivel de estabilidad en los mercados financieros internacionales después de un inicio de año 2016 bastante tumultuoso. Por ello, las entradas de capital privado a economías emergentes y en desarrollo manifestaron cierta recuperación, después de experimentar salidas netas (de los flujos de portafolio y de capital de préstamo) en 2015 y la primera mitad de 2016. No obstante, esta reversión está asociada en gran medida a la recuperación de las inversiones recibidas por China y un grupo muy reducido de países asiáticos. (ONU, 2017 y World Bank, 2018). Y, como quiera que sea, el proceso de alza de las tasas internacionales que se producirá en los próximos meses y años puede complicar la situación de los actores más endeudados, sea empresas o países.

III. Riesgos e incertidumbres para América Latina y el Caribe

Los diversos riesgos e incertidumbres que se observan en el futuro inmediato tendrán efectos sobre el comportamiento económico y social de los países en desarrollo, incluidos los de ALC. Al igual que en años anteriores, la evolución previsible de la economía mundial tendrá efectos diferenciados en los distintos países y subregiones de ALC, y contribuirá a acentuar las diferencias subregionales en función de la orientación productiva y comercial de las distintas economías. La región latinoamericana, que ha abordado, no sin dificultades, los peligros, desafíos y oportunidades de la globalización en las décadas anteriores (Moneta y

Quenan, 1994; Ocampo y Martín, 2003) debe hacer frente actualmente a un escenario marcado por los efectos económicos de una crisis de la globalización que todavía no ha sido totalmente superada y las tensiones que, como lo hemos mostrado, afectan al orden internacional, especialmente desde la llegada al poder de la Administración Trump.

En el corto plazo, el bajo crecimiento económico previsto para ALC, seguirá acompañado por el pobre comportamiento de la productividad y de la inversión, y por un mediocre dinamismo del comercio exterior de la región.

Ciertamente, como lo apuntan diversos analistas, la reanimación esperada de los flujos comerciales internacionales puede favorecer a ALC. Sin embargo, no puede desconocerse que el aumento previsto en el comercio mundial de mercancías para el bienio 2018-2019 pudiera verse opacado por las crecientes tendencias proteccionistas y los probables “efectos perversos y defensivos” que ya está generando la política comercial de Estados Unidos. Por otra parte, la dinámica productiva mundial, a través de las llamadas cadenas globales de valor, también se verá afectada al igual que la movilidad tecnológica por la posible “reversión” de acuerdos normativos que eran funcionales a la lógica de la fragmentación del proceso productivo y la consolidación de redes internacionales de suministro. A su vez, el multilateralismo también podría continuar debilitándose por una mayor tendencia a celebrar acuerdos bilaterales en materia comercial y de inversiones.

El aumento de las barreras al comercio y la realineación regulatoria también podrían afectar negativamente la inversión internacional y reducirían la eficiencia de la producción, arrastrando a la baja el crecimiento potencial en las economías avanzadas, emergentes y en desarrollo. Si no se logra un crecimiento más inclusivo y si se ahondan los desequilibrios externos en algunos países - como Estados Unidos - podrían intensificarse las presiones a favor de políticas aislacionistas. (BID, 2018).

Por ello, los esfuerzos multilaterales concertados siguen siendo vitales para preservar la coyuntura mejorada reciente de la actividad mundial, fortalecer las perspectivas a mediano plazo y lograr que los beneficios del avance tecnológico y la integración económica internacional puedan distribuirse con mayor equidad.

En el ámbito de los mercados financieros, se espera una normalización de las tasas de interés, por lo cual no debiera descartarse un incremento de los niveles de incertidumbre y volatilidad, dada la dinámica de los

precios de los activos financieros. Aún y cuando todavía se prevé un ciclo de alzas graduales en los tipos de interés, esto podría afectar los flujos financieros recibidos por los mercados emergentes y países en desarrollo, entre ellos los de América Latina y el Caribe. Las inquietudes acerca de un aumento de la inestabilidad financiera se incrementan para las economías en las que el crédito - en particular las emisiones internacionales de bonos - ha crecido con fuerza, en tanto estas se verían negativamente afectadas por un aumento de los niveles de tasas de interés en dólares.

Teniendo en cuenta este escenario internacional de base parece razonable que las políticas económicas de los países de región debieran considerar, entre sus prioridades, las siguientes:

1. Una configuración de manejo económico con una “mezcla de política” más balanceada, que trascienda la excesiva confianza que ha prevalecido hasta ahora en los mecanismos y posibilidades de la política monetaria.
2. Un uso más efectivo de la política fiscal, que vaya más allá del control de la demanda y por ende que incorpore un manejo macroeconómico integrado a políticas estructurales que incluyan como objetivos principales, la reducción de la pobreza, la inequidad y la atención prioritaria a los efectos derivados del cambio climático.
3. La definición de reformas estructurales de “nuevo tipo” que incluyan un amplio uso de políticas de ingreso, e incorporen mecanismos activos de política pública para apoyar los sectores vulnerables.
4. La necesidad de transitar hacia un estadio de efectiva regulación financiera, que al mismo tiempo propicie el estímulo a la movilización de recursos e inversiones en infraestructura, tecnología verde y programas sociales inclusivos.

En síntesis, los países de América Latina y el Caribe tienen que impulsar el crecimiento sin grandes desequilibrios fiscales y en un escenario global muy incierto. En esta perspectiva, una integración comercial más profunda se constituye en un elemento importante de las estrategias de crecimiento y de desarrollo de los países de la región ya que podría converger con las necesarias políticas nacionales orientadas a sostener la actividad y, en una perspectiva de mediano y largo plazo, a promover la diversificación productiva y a hacer frente a los desafíos de la era digital y de la llamada cuarta revolución industrial.

Hoy día están en vigor en América Latina y el Caribe no menos de 33 Acuerdos Comerciales Preferenciales (ACP) que configuran un mosaico de ACP relativamente pequeños, cada uno con su propio conjunto de reglas de origen, lo cual no permite a la región cosechar los beneficios del importante trabajo ya realizado. Actualmente, alrededor del 80% del comercio se encuentra bajo régimen de preferencias, de modo que en ese sentido América Latina y el Caribe exhibe importantes avances en términos del libre comercio. Sin embargo, en la práctica, el comercio se ve asfixiado por la complejidad y las inconsistencias entre los diferentes ACP, así como por algunas brechas importantes (BID, 2018).

La perspectiva de reforzar la integración económica a nivel regional pudiera parecer contradictoria o equívoca en el actual contexto, cuando algunas economías industrializadas parecieran avanzar en la dirección opuesta y las percepciones proteccionistas y aislacionistas intentan consolidarse. Sin embargo, los efectos de la liberalización del comercio y la integración económica, pueden ser en cierto sentido diferentes en las economías en desarrollo en comparación con sus contrapartes más ricas (BID, 2018). Además, y sobre todo, en un escenario en que la demanda externa “extrarregional” crece a ritmos modestos y con riesgos de reversión así como de exacerbado proteccionismo, el impulso a la demanda interna “regional” se constituye en expediente válido para crecer económicamente en un entorno internacional incierto. De todas formas, los gobiernos y las instituciones regionales deberían tener presente que se requieren instrumentar mecanismos de apoyo estructural y compensación a favor de los perdedores potenciales de un proceso - necesario hoy como nunca - de integración más profunda.

Como señala el BID, un mundo más proteccionista podría tener graves impactos en las pequeñas economías abiertas de la región latinoamericana. Una integración más profunda es útil para América Latina y el Caribe en cualquier escenario, pero sería particularmente beneficiosa si se materializara este escenario más negativo. Ningún momento ha sido más importante que el presente para adoptar iniciativas osadas en aras de una verdadera integración comercial (BID, 2018).

No obstante, cuando se realiza un balance de la situación que hoy muestran los procesos o esquemas de integración económica en nuestra región; queda claro que el esfuerzo por delante es descomunal. En efecto, el estado de los procesos integracionistas deja mucho que desear.

En general, la dinámica de la integración regional -compleja, contradictoria y hoy enfrentada a significativos retos- presenta actualmente un balance nada alentador cuando se toman en cuenta algunos de los

indicadores de referencia para medir el alcance y profundidad de la integración en su dimensión económica:

1. El nivel del comercio intra-regional de ALC es bajo y con una tendencia crónica a su reducción en tiempos de desaceleración/recesión en los países latinoamericanos. Es más, el comercio intrarregional se desplomó y cayó más que las exportaciones totales al resto del mundo entre 2014 y 2016. Esto pone de relieve un comportamiento fuertemente pro-cíclico del comercio intrarregional - aunque se exceptúa de este patrón el comercio entre los países centroamericanos -.
2. En ALC hay grandes limitaciones en términos de “facilitación del comercio” entre las economías de la región. Pese a que América Latina y el Caribe presenta mejores resultados que otras áreas en desarrollo, la región enfrenta serias restricciones para reducir los costos no arancelarios y el tiempo requerido para las operaciones de comercio exterior, los que son incluso mayores cuando se trata del comercio intra-regional.
3. La Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI), habiendo contribuido a la formación de una amplia red de acuerdos de liberalización arancelaria bilateral o subregional, que suman más de setenta acuerdos suscritos y vigentes, se enfrenta actualmente a un complejo panorama caracterizado por las dificultades para el logro de la convergencia de dichos acuerdos, la profundización de los vínculos comerciales entre sus miembros, y la conformación de un Espacio de Libre Comercio (ELC) entre las naciones que forman parte de la asociación.
4. El Mercado Común del Sur (MERCOSUR) se enfrenta con importantes diferencias entre sus miembros. El comercio intra-bloque ha seguido manifestando crónicos problemas, gravitando, esencialmente, entre dos contradicciones fundamentales: i) las fricciones comerciales recurrentes entre Argentina y Brasil, que han llevado a acusaciones recíprocas de violación de los acuerdos y de prácticas proteccionistas; y ii) los continuados cuestionamientos de los países más pequeños (Uruguay y Paraguay) respecto a las asimetrías y a que los beneficios del proyecto de integración se han concentrado, en lo fundamental, en los sectores empresariales dominantes de los dos socios mayores. El MERCOSUR se encuentra en una encrucijada, y tiene a corto plazo que lograr un consenso mínimo entre sus miembros, que permita tomar urgentes decisiones con vistas a: i) revitalizar el comercio intra-bloque; ii) concluir la negociación

del Tratado de Asociación con la Unión Europea; iii) consensuar la relación con China y la posibilidad de negociar en conjunto con el gigante asiático; y iv) definir institucionalmente su relación con la Alianza del Pacífico.

5. La Comunidad Andina (CAN) - a pesar de que no se han verificado los pronósticos más adversos de los últimos tiempos, con relación a su futuro - sobrevive en medio de crecientes síntomas de irrelevancia institucional, sobre todo para algunos de los principales actores económicos y políticos de sus estados miembro. No obstante los intentos recurrentes por lograr cierto fortalecimiento en distintos ámbitos de este mecanismo, y la disminución de tensiones entre los Estados Miembro observada en los últimos años, la realidad es que la densidad comercial del acuerdo se ha visto en extremo afectada desde la salida de Venezuela, que constituía el comprador por excelencia de la subregión, y soporte fundamental de los niveles de comercio intra-CAN. Parte importante de las incertidumbres casi permanentes sobre la CAN en los últimos años se asocian a las muy amplias diferencias en términos de estrategias y políticas económicas (y también en cuanto a modelos políticos), lo que se manifiesta en divergencias marcadas en cuanto a modalidades de inserción externa entre Colombia y Perú por una parte, y Ecuador y Bolivia, por la otra.
6. En el caso de la Comunidad del Caribe (CARICOM), se ha continuado transitando por un complejo proceso de redefinición de su estructura institucional. En el marco de un escenario internacional complejo, los países de la CARICOM se han visto enfrentados a la necesidad de reexaminar el conjunto de sus políticas, incluidas aquellas referidas al papel que debe jugar la integración. Entre las cuestiones de mayor interés examinadas por la CARICOM en años recientes, está la reflexión acerca de la necesidad de impulsar una genuina política exterior común ante los cambios geopolíticos y geoeconómicos que vienen ocurriendo a nivel mundial. Al mismo tiempo se debe concretar la consolidación del postergado mercado y economía únicas (*Caribbean Single Market and Economy -CSME*).
7. Por su parte el ALBA-TCP, a pesar de las enormes expectativas que generó, así como la sistemática incorporación de nuevos miembros hasta diciembre de 2014 y sus particulares principios en términos de flexibilidad, tratamiento de las asimetrías, la prioridad otorgada a la dimensión humana del desarrollo y la cooperación técnica y financiera que fue capaz de proporcionar; se enfrenta actualmente a muy serios problemas que pudieran conducirla a su virtual estan-

camiento. Dicha situación es resultado, en lo esencial, de las grandes dificultades económicas e institucionales que viene confrontando la República Bolivariana de Venezuela; las enormes disparidades en términos económicos, sociales, y de modelos de desarrollo entre sus miembros; la poca efectividad de los mecanismos ensayados para lograr una mayor interacción comercial y productiva entre sus integrantes; y las serias limitaciones en términos institucionales que han caracterizado desde sus inicios a este singular proyecto de cooperación e integración económica.

En este balance general sobre el estado de los procesos de integración económica en ALC conviene resaltar las particularidades del caso centroamericano que constituye - a pesar de los agudos problemas de naturaleza política y social que enfrenta actualmente el Sistema de Integración Centroamericana (SICA) - una excepción en cuanto a la elevada densidad de los vínculos económico-productivos intra-subregionales. También resulta necesario hacer referencia a la dinámica del más reciente esquema de integración económica que aparece en nuestra región: la Alianza del Pacífico.

La Alianza del Pacífico (conformada por Perú, México, Chile y Colombia) ha mostrado importantes avances - desde su creación el 28 de abril de 2011 - en términos de movilidad de bienes, de personas, de servicios y de capitales; y en tal sentido algunos observadores y analistas la consideran como el espacio de integración económico-comercial de mayor dinamismo en la región en la actualidad. Como causales de tal “dinamismo integrador” se enfatizan las afinidades existentes entre los estados miembro de la Alianza del Pacífico en cuanto a modelos de desarrollo económico y organización política, lo que otorga estabilidad y consistencia a los acuerdos que se adoptan. En efecto, aunque en todos los países miembros de la Alianza del Pacífico se han dado cambios en las coaliciones de gobierno, el proyecto económico nacional no ha sido modificado en ninguno de ellos en las últimas dos décadas. Esto sugiere la hipótesis de que se ha consolidado un consenso básico o una suerte de hegemonía en las élites políticas respecto a la aceptación del “liberalismo económico”, lo que resulta funcional a la adopción e implementación de políticas de Estado, en oposición a políticas de gobierno que se ven sometidas a sistemáticas modificaciones por cambios en la configuración ideológica de las coaliciones que acceden al poder (CRIES, 2014).

No obstante lo anterior, tampoco la Alianza del Pacífico deja de tener desafíos importantes a futuro. El primero de ellos se refiere al muy bajo nivel de comercio intra-alianza en tanto los principales socios comer-

ciales de cada uno de sus miembros son potencias extra-regionales. En segundo lugar, y vinculado a lo anterior, está el reto de lograr una mayor interacción económica entre sus miembros cuando cada uno de ellos tiene en vigor acuerdos de libre comercio de “última generación” con las principales potencias económicas y comerciales del mundo, los cuales constituyen el sustento normativo de los flujos dominantes de comercio e inversiones recíprocos que los mismos mantienen con socios extra-regionales. Otro tema relevante para la mayoría de los miembros del grupo es cómo diversificar su estructura exportadora de bienes y servicios, logrando un incremento de la calidad y del contenido tecnológico de los rubros exportables. Por último, la agrupación tiene que consensuar cómo articular sus intereses con los de cada uno de los 42 países que hoy día ostentan la categoría de observadores en la misma.

De todas formas, y como se ha sostenido en este trabajo, la incertidumbre y el probable entorno negativo para los grandes tratados comerciales globales se suma a los motivos por los que todos los países latinoamericanos y caribeños deberían pasar a la acción en la agenda de integración regional. Independientemente del escenario comercial predominante, la región sólo puede ganar con un mercado interno más fuerte, más eficiente y más integrado. Los beneficios de una mayor integración en relación con el statu quo son todavía más evidentes en un escenario más extremo de fricciones comerciales, en el que es probable que las exportaciones de la región puedan incluso disminuir.

Obviamente los acuerdos de integración regional no son una panacea para solucionar todos los problemas de crecimiento de la región, ni tampoco son una póliza de seguro total contra el aumento de trabas comerciales globales. Sin embargo, una mejor integración regional puede ofrecer beneficios tangibles (sobre todo en escenarios más extremos), con costos moderados (BID, 2018).

A modo de conclusión

Las principales conclusiones de este trabajo pueden ser resumidas en los puntos siguientes.

En el marco de una crisis de la globalización - abierta con la crisis financiera de 2007-2008 - que no ha sido totalmente superada en el plano económico, las críticas y cuestionamientos al proceso de creciente internacionalización que se ha desatado y acelerado en las tres últimas décadas se han acentuado. Estas críticas no se han centrado

primordialmente en el déficit de regulación y gobernanza del nivel financiero de la globalización - que ha sido el principal generador de la inestabilidad y de las crisis económicas internacionales producidas en los últimos años - sino, sobre todo, en el cuestionamiento proteccionista de su dimensión comercial.

En este contexto, el cambio producido en el consenso dominante sobre el multilateralismo es la transformación más evidente que se observa a nivel internacional en los últimos tiempos, y la llegada al poder de la administración Trump no ha hecho más que consolidar tal cambio, reforzando la tendencia al bilateralismo en las relaciones internacionales. El enfoque excesivamente agresivo de Trump - con amenazas de abandonar los compromisos internacionales formales de Estados Unidos e introducir barreras y medidas comerciales proteccionistas - ha puesto en crisis la credibilidad y confianza en el actual “orden internacional”.

Sin embargo, las raíces del proceso de globalización son profundas y el orden mundial existente es sumamente “resiliente”. Pero para evitar el desarrollo de guerras comerciales costosas y la generación de nuevos focos de inestabilidad, los esfuerzos multilaterales concertados siguen siendo vitales para preservar las mejoras recientes de la coyuntura económica mundial, fortalecer las perspectivas a mediano plazo y lograr que los beneficios del avance tecnológico y la integración económica internacional puedan distribuirse con mayor equidad.

En los últimos años, la economía mundial estuvo atrapada en lo que se denominó un “episodio prolongado” de bajo crecimiento y los análisis en términos de “estancamiento secular” han suscitado importantes debates. A pesar de la reanimación reciente de la actividad económica mundial, durante el período 2012-2017, el producto bruto global se expandió a una tasa promedio anual de sólo 2,5 %, menor que el registro promedio de 3,4 % observado en la década previa a la crisis abierta en 2008.

A su vez, tras la contracción del bienio 2015-2016, la evolución del PIB de América Latina y el Caribe mostró una ligera recuperación del dinamismo de la actividad económica regional en 2017 que obedeció fundamentalmente al inicio de la reanimación del crecimiento que presentaron dos de las más importantes economías de América del Sur (Argentina y Brasil). Si bien el mayor dinamismo de 2017 - y el previsto para 2018 - será casi generalizado, al igual que en años anteriores sus magnitudes han exhibido y exhibirán una marcada heterogeneidad dentro de la región. Y, sobre todo, el crecimiento que se vislumbra en el corto y mediano plazo será relativamente modesto.

Así, en un escenario de crecimiento mundial moderado, de creciente “tentación proteccionista” y de fuertes interrogantes sobre el futuro de la gobernanza económica internacional, se advierten riesgos e incertidumbres que, en el futuro inmediato, tendrán efectos sobre el comportamiento económico y social de los países en desarrollo, y en particular los de América Latina y el Caribe - con impactos diferenciados, claro está, en las diferentes subregiones y países en función de la orientación productiva y comercial de cada economía. En términos generales, el aumento de las barreras al comercio y la realineación regulatoria, que también podrían afectar negativamente la inversión internacional, pueden reducir la eficiencia de la producción e influenciar a la baja el crecimiento potencial - de por sí debilitado tras la crisis financiera de 2008 - en las economías avanzadas, emergentes y en desarrollo. Además, la prevista normalización de las tasas de interés a nivel internacional puede fragilizar la situación de las economías de la región que han experimentado un significativo incremento de su endeudamiento externo en los últimos años.

Teniendo en cuenta este escenario global con alto grado de incertidumbre en este trabajo se plantea que los países latinoamericanos y caribeños deben adoptar políticas caracterizadas por una gestión macroeconómica prudente, sin grandes desequilibrios fiscales, asociadas a políticas estructurales que permitan enfrentar los grandes retos sociales y productivos que caracterizan a la región.

Se subraya además que, a pesar de que la situación actual de los procesos integracionistas deja mucho que desear, es más necesario que nunca, frente al riesgo de un creciente proteccionismo a nivel internacional, promover de modo pragmático la integración regional para, en relación con el imperativo de crecimiento que enfrentan los países latinoamericanos y caribeños, sostener la demanda y la actividad en el subcontinente y, en una perspectiva de mediano y largo plazo, favorecer la diversificación productiva.

Referencias bibliográficas

“Balance Preliminar de las economías de América Latina y el Caribe”, CEPAL, 2017.

Baldwin, Richard y Philippe Martin, “Two Waves of Globalization: Superficial Similarities, Fundamental Differences,” *NBER Working Paper*, No. 6904, Enero 1999.

- Bordo, Michael, Barry Eichengreen, y Douglas A. Irwin, “Is Globalization Today Really Different than Globalization a Hundred Years Ago?,” *NBER Working Paper*, No. 7195, Junio 1999.
- “Caminos para crecer en un nuevo mundo comercial”, BID, Enero 2018.
- CIEM, “Impactos de la evolución económica mundial 2016–2030 sobre Cuba” (Síntesis elaborada por José Luis Rodríguez), mimeo, La Habana, 2016.
- “El FMI y la OMC piden respeto a las reglas del comercio internacional”, SELA Servicio Informativo, 10 de abril de 2017a.
- “G20, Conversaciones sobre clima y economía”, SELA Servicio Informativo, 07 de julio de 2017b.
- “Global Economic Perspectives”, World Bank, enero 2018.
- Hu, Fred & Michael Spence, “Why Globalization Stalled and How to Restart it”, *Foreign Affairs*, Vol. 96, Number 4, Julio/Agosto 2018.
- “La Recaida. América Latina y el Caribe frente al retroceso del comercio mundial”, en *Monitor de Comercio e Integración 2015*, INTrade-BID, 2015.
- Moneta, Carlos Juan y Carlos Quenan (Ed.), *Las reglas del juego: América Latina, globalización y regionalismo*, Buenos Aires: Editorial Corregidor, 1994.
- Ocampo, José Antonio y Juan Martín (Ed.), *Globalización y desarrollo, una reflexión desde América Latina y el Caribe*, Bogotá: Editorial Alfaomega – CEPAL, 2003.
- “Panorama de la inserción internacional de las economías de América Latina y el Caribe. La región frente a las tensiones de la globalización”, CEPAL, 2016.
- “Reporting on the Sustainable Development Goals. A survey of reporting indicators”, UNCTAD, UNCTAD/SER.RP/2018/1, 2018.
- Rodrik, Dani, *The Globalization Paradox: Democracy and the Future of the World Economy*, New York and London, W.W. Norton, 2013.
- Ruchir, Sharma, “The Boom was a Blip. Getting used to Slow Growth”, en *Foreign Affairs*, Vol. 96. Number 3, Mayo/Junio 2018.
- Serbin, Andrés, Laneydi Martínez y Haroldo Ramanzini Júnior, “¿Atlántico vs. Pacífico?: América Latina y el Caribe, los cambios regionales y los desafíos globales”, en *Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe*, No. 10, Buenos Aires: CRIES, 2014.
- Sullivan, Jake, “The World After Trump”, en *Foreign Affairs*, Vol. 97, Number 2, Marzo/Abril 2018.

Summers, Lawrence H., “The Age of Secular Stagnation: What It Is and What to Do About It”, en *Foreign Affairs*, Vol. 95 Number 2, Marzo/Abril 2016.
“World Economic Situation and Prospects”, United Nations, 2017.

